

Hace unos días, mis amigos toluqueños, el escritor José María Pérez Gay publicó una novela titulada *El imperio perdido*. La visión de Pérez Gay acerca el mundo recreado por esos cinco grandes escritores europeos de este siglo: Hermann Broch, Robert Musil, Karl Krauss, Joseph Roth y Elías Canetti. A mi juicio, la pérdida del imperio austro-húngaro no solamente se dio en la cúpula del poder político y económico en ascenso, fue también la pérdida de las fronteras del espíritu universal. Por mi parte me quedo en esa deliciosa página del judío búlgaro Elías Canetti quien en su monumental autobiografía retrata una sociedad perdida para recuperarse en la memoria de los lectores. Y eso que es válido para Rustchuk, el pueblo de los Canettis, es válido también para Ocosingo, pueblo del poeta Efraín Bartolomé, y quisiera que los mismos hados -del desarrollo o subdesarrollo- me obsequiaran otros 50 años para celebrar ya no la palabra de Roberto Fernández Iglesias sino toda su humanidad.

Muchas gracias.

Este texto fue leído por su autor el día viernes 30 de agosto, en el homenaje al escritor y periodista Roberto Fernández Iglesias en sus primeros 50 años de vida, en el auditorio del Centro Toluqueño de Escritores, en la ciudad de Toluca, Estado de México.

Roberto Mancilla

En septiembre de 1990 llegué a Tuxtla Gutiérrez a coordinar un curso para periodistas en intercambio entre UNAM y UNACH. Entre esa fecha y diciembre de 1991 fui no menos de ocho veces a Chiapas. Desde entonces no he regresado. Había pasado muchas veces por el Soconusco en rumbo para Centroamérica, entonces me detuve y Chiapas me brindó muchas cosas buenas, la mejor de ellas resultó la amistad, la fraternidad de Roberto Mancilla Herrera y su familia. Desde el primer día, la identificación intelectual y profesional con ese hombre bueno detrás de un disfraz de cínic tropical me llevó a conocer las gracias chiapanecas que a menudo se ocultan a la mirada no entrenada o no dirigida. Ahora, el pasado dos de febrero, Chiapas me quitó ese don, Roberto Mancilla fue asesinado. Un

periodista más en una larga lista de esta muy peligrosa profesión, sobre todo cuando se ejerce con la libertad, la inteligencia y el poder de crítica que tenía como honra practicar Roberto Mancilla. Ese lector voraz rechazaba salir de Chiapas, salir de Tuxtla Gutiérrez, arraigado por nacimiento, por voluntad y por gusto a ese rincón de México, no se tentaba la pluma para decir lo bueno, lo malo y lo feo. Ahora se busca a los asesinos. Esperemos que sean castigados; pero, por encima de los autores materiales e intelectuales, el asesino espiritual es el espíritu cromañón que todavía habita a la especie humana, esa condición que lleva a las matanzas del Medio Oriente, Africa, exYugoeslavia, exUnión Soviética, y que no puede soportar la palabra libre de un hombre bueno, inteligente, de buen humor y que

practicaba el deber de afirmar su verdad, la verdad, en todos los foros. A la violenta muerte de Roberto Mancilla debemos responder con el trabajo de disminuir la cromañonería universal, labor central de Mancilla como se aprecia en todos sus escritos. Frente a la desaparición física de quien se preciaba de promotor cultural, hay que aumentar nuestros esfuerzos. En su honor y como muestra de su valía, tunAstral publica estos dos textos, lástima que uno esté muy relacionado conmigo; pero así fue conocido en Toluca donde su muerte es muy sentida. "La literatura: esa cosa grande" apareció en *Aquí*, semanario desaparecido; y "El sur también existe" fue publicado en el suplemento *Jueves* del diario *Ex*, ambas publicaciones de Tuxtla Gutiérrez. (R.F.L.)

Este número aparece gracias a los amigos y lectores de tunAstral

Carta literaria de la tribu

tunAstral

Número 4. 22 de febrero de 1993

Editor: Roberto Fernández Iglesias

Dirección: Calle Porfirio Díaz 216.
Col. Universidad.
Toluca, México. C.P. 50130.
MEXICO



Teléfonos: (72) 19 54 36 y (72) 19 54 28
Se solicita amistad, canje, correspondencia.
Se responde por colaboraciones no solicitadas

Cafés Literarios tunAstral

todos los lunes 20 horas
Febrero de 1993

Marzo

1. Napoleón Fuentes (poesía)
8. Mujeres escritoras (conversación)
15. Tomás García Salgado (arquitectura)
22. Oscar Wong (poesía)
29. Virginia del Río (cuento)

Restaurante Biarritz
5 de febrero esquina Nigromante
Toluca, México.

tunAstral



carta literaria de la tribu

La literatura: esa cosa grande

Cuando mis preocupaciones periodísticas estaban encaminadas hacia la XIV Asamblea Nacional del PRI, cuando estaba a un paso de enfrentar los rollos de la modernidad política de Colosio y compañía, me encuentro con el último número de la Gaceta Universitaria, correspondiente a los meses de julio-agosto de 1990 en la llamada Nueva Epoca. Fuera de las seis fotos del rector García Sánchez en veinte páginas, en la página 5 encontramos un artículo titulado "Función social de la literatura" escrito por Luciana Figuerola Piñero y José Martínez Torres, maestros de la licenciatura en Letras Latinoamericanas de la escuela de Humanidades de la sacrosanta UNACH. Estas son las ideas principales externadas en el artículo.

Por inducción los maestros nos aproximan a una definición de literatura, dicen: "No es casual que el arte de organizar y mezclar las palabras, la literatura, haya estado fuertemente asociado con la magia en épocas remotas". E inmediatamente sueltan el nudo mágico del trabajo analizado, leamos con calma: "La literatura es el principal vehículo de la educación y el mejor modelo de conducta humana". Es una expresión libre de los maestros citados. Es válido pensar que todo material impreso, grabado o reproducido por otros medios servirá para "educarnos" y tener "el mejor modelo de conducta humana". ¿Esto es así?

Cuando utilizamos generalizaciones se corre el grave riesgo de caer en contradicciones. Para los autores es lo mismo "educarse" con Yolanda Vargas Dulché que con la obra de Yukio Mishima; lo mismo leer y educarse con *Odio en mi corazón* o *Borrascas en la prisión*, que disfrutar *Los demonios* de Dostoievski, en fin, que leyendo esos libros tendríamos una expresión libre, "un producto en el que el hombre se afirma como ser creativo". ¿Este hombre es el autor o el lector? ¿Quién escribe es quien se educa y representa el mejor modelo de conducta humana o quien lee? La verdad sea dicha: la función de la literatura, puesta así, sería la panacea, bastaría darles a leer todos los libros que aceptaran los cerebros de los Bush, Thatcher y Hussein para no tener tantas broncas.

Poco más adelante, los maestros de letras nos recuerdan que "la literatura presenta una irrealdad, ante la cual el espectador reacciona con una intensificación de la realidad". ¿Los libros de historia desde Herodoto hasta Aguilar Camín presentan irrealdades o éstos son parte de la llamada literatura? ¿Dónde quedarían las autobiografías, los testimonios, los ensayos sobre hechos ocurridos? o, para acabar, ¿qué entienden por realidad?

"La literatura es un medio indispensable para que el hombre se reconozca y se ilusione con el mundo, se identifique con los demás, comparta o rechace ideas y experiencias". Ilusionarse y reconocerse con un mundo irreal suena poco menos que descabellado, o quizá soñador y medio poeta, pero quizá suene todavía más romántica e inaceptable la utilidad que he encontrado en la literatura. Como lector ciertamente me ilusiono y reconozco en muchos de los personajes que encuentro en los libros, pero estoy ahí, permanezco dentro de esas páginas que

amor es la palabra / poesía, la acción

DOS TEXTOS
Roberto A. Mancilla Herrera

4

devoro, me muevo en esos límites, nunca confundo el personaje de la novela con el propio — como aquel jardinero de Kosinski que actuaba como los actores de TV — y mucho menos la aplastante realidad con la otra. Por ello, hasta este momento de la lectura del artículo no encuentro la sustentación teórica que valide juicios tan contundentes.

Ya entrados en ganas, los autores universitarios recuerdan: "Éticamente, la importancia de la literatura radica en que el grado de intensificación de los sentidos, de los sentimientos y de las ideas que propicia una historia determina la conducta (o, al menos, puede hacerlo) de un espectador sensible y atento". El valor ético de la literatura es una discusión tan vieja como el mismo nacimiento del libro. No necesariamente el hombre que se ha acercado a la literatura y, por lo tanto, más y mejor educación tiene — está informado o al menos eso supongo — y por consiguiente su modelo de conducta humana — se comporta de tal forma que sirve como eso: ejemplo; al menos eso creo — es el más libre y creativo. Basta ver el espectáculo de Octavio Paz — y pocos hombres en el mundo han leído más que don Tavo — para saber que la literatura únicamente le ha servido para servir al Estado mexicano y a Televisa en particular. Quizá la literatura puede ayudar a alcanzar esa valoración del hombre, pero nadie dudaría que un analfabeta puede ser modelo de conducta humana a pesar de su falta de información.

El artículo en referencia tiene otros aspectos discutibles. Por ejemplo, nunca aclaran cuáles serían los beneficios — para la sociedad, hemos de suponer — de que exista una escuela de letras en Chiapas. En la propuesta del nuevo plan de estudios de esa carrera, solamente hablan de "formar lectores competentes" y esto una academia Vázquez lo haría en dos o tres semanas y no cuatro años. Luego hablan de que un buen número "de contadores, ingenieros, médicos" — ojalá a estos se los dieran a montones — están solicitando — eso dicen — a las universidades cursos de redacción, "como si un curso de unas cuantas semanas pudiera suplir tantos años de lectura". Bien harían en preguntarle a tantos veterinarios que los dirigen cómo le han hecho para ocupar los cargos en la UNACH y entender que Perogrullo nació hace muchos años y no estudió precisamente en la universidad. En suma, el artículo se coloca a la derecha de Platón y recuerda que la belleza no puede servir para nada. "No resuelve, puesto que no es su propósito, problemas primarios. Esta creación de un sueño en la vigilia, como se le ha caracterizado, no puede ser abono en el campo, intercambiarse por ganado, ni se puede comer". Yo solamente les recomendaría que echaran un vistazo a su alrededor y fijaran sus cálidos ojitos en más de tres maestros de literatura de esa área quienes no solamente son la excepción de la regla, sino que están a un paso de ser la generalidad. De veras me hubiera gustado más ocuparme de Colosio, pero otros lo hicieron mejor.

El Sur también existe

Roberto Mancilla Herrera

Venir de tierras lejanas, del principio de la patria grande, llegar para encontrar el abrazo fraterno, casi maternal diría, si esto se tomara como el ejercicio de reconocimiento pleno, total, de un hombre que apenas cumplió sus primeros cincuenta años de



vida-vida; es la culminación de un proyecto acariciado por este promotor cultural. Porque desde el momento que descubrí que puedo libremente firmar la hoja de registro del hotel como promotor cultural, sentí que toda la parafernalia de los títulos y nombramientos, cargos y comisiones, distinciones y hasta honores no eran nada como el hecho de reconocer un promotor cultural de tiempo completo. ¿qué mejor empleo, oficio, vocación que el periodismo para dar rienda suelta a este autoreconocimiento? De años atrás quienes vivimos en la provincia hemos escuchado con atención y benevolencia, en ocasiones con idolatría y suprema admiración, a los GRANDES

MITOS LITERARIOS, a los supremos grandes Maestros, hablar y hablar de todos los temas, los conocidos y los por conocer. Por mi parte recuerdo con unción, casi con recogimiento y regocijo, aquella visión llamada Juan Rulfo y ni qué decir cuando mi maestro Andrés Fábregas Roca me llevó y dijo: ella es Rosario Castellanos. En ese momento se signó el derrotero a seguir, en ese instante que los hados misteriosos me concedieron, el futuro se abrió pletórico para mi oficio de lector. Porque bien haría mía la frase de Borges de enorgullecerse de sus lecturas y no así de los libros escritos.

En este duro caminar por enfrentarse a las inercias burocráticas, a las crisis permanentes en la economía doméstica, en este duelo a muerte por rebasar los linderos de una aldea asfixiante; un buen día - otro hado misterioso, este mejor alimento- nos llevó a Tuxtla Gutiérrez, tierra de Jaime Sabines y Laco Zepeda, tierra de Oscar Oliva y Daniel Robles, tierra de Raúl Garduño y de mi estimado Juan Bañuelos; a un maestro de la amistad y la palabra, tocayo por si fuera poco y panameño-toluqueño por si algo faltara; y ese día quienes navegamos en aguas del otrora caudaloso Río Grijalva, encontramos el resquicio de una luz en una semana de agotador trabajo, donde se nos dio el trato de adultos que exigíamos y negábamos, donde descubrimos que estamos lejos de ser el ombligo del mundo tan anhelado y donde se llegó a sentar las bases para discutir con propiedad y originalidad el porqué de nuestro quehacer periodístico.

Este quehacer en las tierras del Sur toma el carácter de nuestra marginación y pobreza; rodeados de riquezas naturales nos refugiamos en el glorioso pasado de los mayas y tratamos de encontrar en la poesía y prosa de Rosario Castellanos no sólo el porqué somos como somos, sino el porqué deseamos seguir siendo como somos.

Hay en esas manifestaciones del periodismo cultural del Sur un eterno retorno a las fuentes primigenias, un anhelo siempre

presente de publicar cualquier inédito, no importa si es un simple recado, una nota de compra del mandado o la simple leyenda manuscrita del autógrafo de Rodolfo Figueroa. Aquello que a juicio de propios y extraños es una limitación; es también aquello que valida y da vigencia a las manifestaciones del Sur. Llenamos páginas de poemas y narraciones breves y éstas se entrelazan y confunden con los mitos y leyendas. ¿Quién puede señalar, ... qué agrimensor K puede decir dónde se inicia la fantasía y termina la veracidad de Laco? ¿Quién puede quitar a los Amorosos de Sabines ese lugar de privilegios en el alma de los jóvenes y el aliento de los ancianos? ¿Quién puede negar a Oliva su paso revolucionario y olvidar a Garduño en sus espléndidas metáforas y encontrar en el magisterio de Bañuelos el hilo intermitente de luces y voces, gritos y llantos, amor y muerte?

Porque existe el sueño de los hombres del Sur, porque avizoramos esas grandes emociones y pensamientos imperfectos en que día a día volvemos a recordar las epopeyas que la ciencia y la tecnología se han empeñado en destruir.

No existe Cañón del Sumidero que haga apetecible retornar al mito de los chiapanecos arrogantes y arrojados; hoy cantamos a las presas hidroeléctricas y petroleros; a las maderas preciosas en exterminio; a la selva de concreto en que indiferentes vimos convertir nuestros pueblos y ciudades. Y aquí es donde el Periodismo Cultural de provincia juega un papel de relevancia: mantiene vivos aquellos momentos que se construyeron con la sangre de los nuestros. Aquí es donde esos suplementos dominicales o de cualquier otro día se dignifican: son la historia próxima que nos identifica y suma, nos enaltece y engalana.

A diferencia del periodismo cultural del centro de nuestra grande Patria, donde las mafias buscan el centro de una modernidad revisada en Europa, el cenáculo de exquisiteces que derraman ambrosía o destilan el veneno más activo; en provincia, aún podemos respirar con todo el cuerpo y todos los cuerpos.

Quisiera agregar que los grandes males del periodismo cultural del D.F. — para llamarlo por su nombre — son los males menores del periodismo de provincia. Allí todavía tenemos un rostro y un pasado, allá todavía veneramos la memoria del abuelo aun cuando combatiera al lado de los monárquicos y tenemos familia que apenas avizora el mundo postmoderno y a fuerza de milagros tratamos de comprender la caída del Muro de Berlín y la desunión de la otrora Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas. Somos quienes festejamos y algunos aplauden la ruptura del monopolítico partido comunista de la URSS y con su voto defienden la existencia del peor de los dinosaurios: el PRI; somos pueblos que alabamos las palabras libertad, democracia, soberanía e independencia; sin juzgar que la hidra está cubriendo todas nuestras aspiraciones.